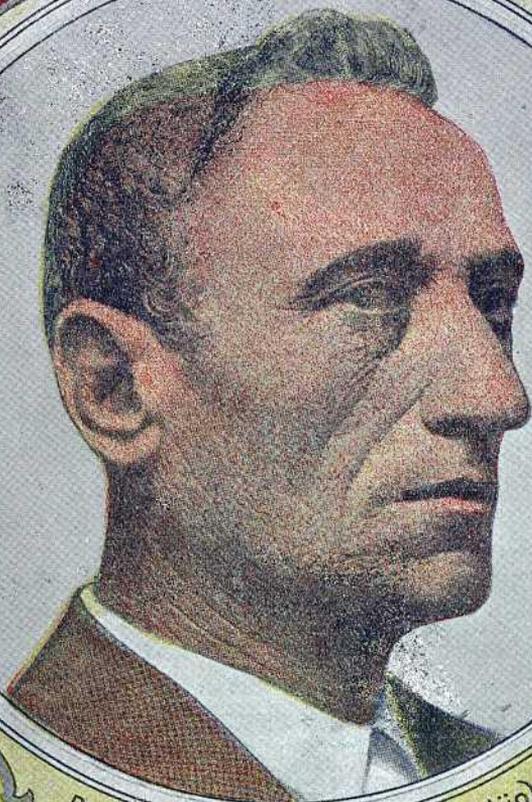


LOS REYES DEL TOREO

SU VIDA,
SUS HECHOS.

(10) DATOS
POR UNO AL SEISGO



Rafael Molina y Sanchez (Lagartijo)

10

centimos

Colección jocosa - picante

La biblioteca más a propósito para la gente regocijada y de buen humor, no hay duda que la constituye esta COLECCION JO-COSA-PICANTE, y buena prueba de ello la da el éxito que ha merecido desde su aparición.

Una alegría sana, un estilo gentilmente desenfadado, siempre malicioso y de tono subido sin caer en la chocarrería pornográfica de la mayoría de esta clase de obras, son la tónica de esta COLECCION, cuyos títulos y autores han sido escrupulosamente elegidos entre los clásicos y las más regocijadas plumas modernas.

TITULOS PUBLICADOS:

CUENTOS PICANTES

por el Abate Verdirrojo.

Novísima edición corregida y aumentada. Forma un elegante tomo, tirado en magnífico papel verjurado, y exornado con 25 dibujos de V. Tur.

GRACIAS Y DESGRACIAS DEL OJO DEL C...

por D. Francisco de Quevedo.

LOS CUENTOS MAS PICANTES DE BOCCACIO

TOMOS PUBLICADOS RECIENTEMENTE:

EL LIBRO VERDE

por D. Francisco de Quevedo.

LOS EPIGRAMAS MAS PICANTES DE LA LENGUA CASTELLANA

LOS CUENTOS MAS PICANTES de LUIS IX

Cada volumen forma un elegante tomo, tirado en buen papel con cubierta a dos colores.

Cada tomo: 50 cents.

Estos libros se envían a vuelta de correo a quien los desee mediante el envío de su importe, el cual se puede enviar por Giro Postal o en sellos de franqueo.

Rafael Molina y Sánchez

“Lagartijo”

I

Hé creído siempre que en la profesión de lidiador de reses bravas, existió por sus naturales condiciones tres categorías de toreros que comunican al espectáculo un carácter distinto, sea ésta o aquella categoría a la que pertenezca el lidiador.

El torero valiente, el torero astuto, el torero que uniendo ésta a aquella cualidad, es además artístico, en un sentido en que el arte adquirido no interviene, forman las tres categorías a que antes me he referido.

A la tercera de estas categorías perteneció Rafael Molina (Lagartijo), a quien sin exageración ha llamado alguien la figura más culminante de la historia del toreo, creador de un modo tan genuinamente suyo de torear, que siendo aún su influencia manifiesta entre los que le han sucedido, con él ha desaparecido el «algo» inaccesible con que sellaba no ya sus faenas, sino sus pasos en el redondel.

Con todo el valor, con toda la valentía, que son precisos para sobresalir en tan arriesgada profesión, una inteligencia clara y una comprensión rápida, Lagartijo, porque así lo había querido la Natu-

raleza, reunía además de tan notables dotes, la de un instinto de tal nobleza artística, que no era en él la lidia de toros, ni ese brutal desafío de tú o yo, ni el «clownesco» espectáculo de la astucia ladina contra la fuerza ciega, sino la lucha caballeresca, si la frase pasa, entre dos enemigos en la que cada cual esgrime todas sus armas, pero sus armas lícitas, que si de traidores intentos veía Rafael hacer uso a su contrincante, no le faltaban recursos para corresponderle en la misma moneda, pues por algo decía él mismo: «Con los toros asesinos y ladrones, sólo empleo el «juicio sumarísimo».

Rafael Molina y Sánchez (Lagartijo), nació en Córdoba el 27 de noviembre de 1841, y fueron sus padres Manuel Molina, el «Niño de Dios», torero que no pasó de mediano, y María Sánchez, hermana del encargado de los toriles de la plaza de aquella ciudad, al que apodaban el «Pollo».

Si no de lo mejor, no puede decirse que en la sangre de «Lagartijo», faltase levadura torera.

Este origen y el ambiente que desde la niñez respiró en el barrio cordobés de la Merced, donde se halla enclavado el Matadero y de donde han salido y salen la mayoría de los diestros, por no decir todos de la ciudad de los califas, no tardó en manifestarse en el chiquillo, que aun no cumplidos los once años, figuró ya como banderillero en una novillada que se celebró en septiembre de 1852, organizada por el Ayuntamiento de Córdoba, y a beneficio de los pobres.

De esas primeras andanzas de «Lagartijo» y de algunas peripecias que en los comienzos de su afición le acontecieron, él mismo, al decir del notable aficionado y excelente escritor Eduardo Muñoz, hizo en cierta ocasión el pintoresco relato, que aunque sólo sea a título de anécdota transcribimos aquí.

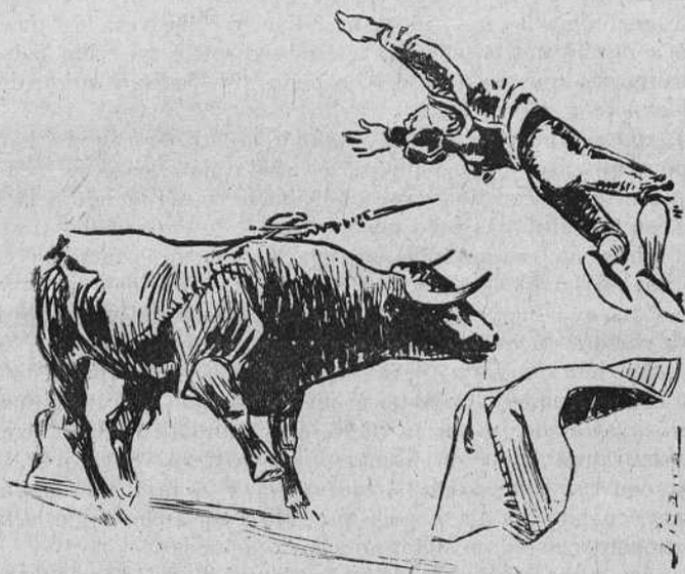
Habla Rafael:

«—Mi pare había sido torero. Le llamaban «El Niño de Dios». Yo creo que eso se lo puso él pa darse tono. Por fin, que mi papá era el «Niño de Dios» y soy nieto de Dios, y así Dios mos ampara acá a tos y mos da salud y suerte.

«Pos yo, cuando chavalete de diez u onse años, me colaba con el «Bocanegra» y otros chiquillos del barrio en el Mataero, por ensima de los pincho de la verja o por debajo del portalón de la entrá grande, arañando antes entre tos la arena pa jasar un hueco. Allí, las noches de luna, mos jinchábamos de toreá las vacas y los beserrotos sin que la tierra lo sintiera. Unas veces mos teníamos que meté en la

frente de cabeza aunque hisiera más frío que el Señor; otras nos revokábamos por el estiércol caliente y salíamos susios y apestosos, y aluego el «Niño de Dios» me mondaba, a palos, porque él era torero y... ¡la verdá! no fué güeno y le chillaban y... por fin.

»Un día m'emprestaron un vestío azul y negro, un capote de brega, unas sapatillas y una montera que pesaba más que una maldición gitana, y un pie sobre otro me fui carretera alante hasta Anduja,



del reino de Jaén, donde había una novillá. Los mataores, los picadores, los banderilleros, son ya tos, los que viven, «gente» en los toros, unos más y otros menos. Los que han muerto han sío los que perdieron... Yo iba a toreá, y aluego, a pedí con el capote por los tendíos y recogí alguna cosa...

»Pues que toreamos, que yo banderillé, que salió la cosa a gusto, que mos comensaron a chillar ¡que mate «Lagartijo!» y que yo

maté el último, un torillo de Santisteban del Puerto, y que a mi manera le dí dies u dose muletazos y una estocá jasta las sintas.

»La gente se gorvió loca de tocá parmas; el toro ajogándose, iba pa tras y yo me gorví de espardas pa saludá ar público. Entonses ¡el peaso e trapo atracó contra mi y de un jasicaso me tiró a las nubes. Caímos yo y él ca uno a su amor, yo sin na y él más tieso que mi agüela; y de seguía arrecogí en el capotillo, dando una güerta por la plasa, un montón de monedas de a cuatro cuartos, de pesetas, de napoleones, y jasta argunas «doblillas» de oro.

»Mira, me gorví loco; até la «lus» en la punta del capotillo, y en cuantico me comí en una posá un guisao de papas con carne, que me quitó la cabeza de puro güeno, me gorví a Córdoba carretera alante. A media noche me rindió la fatiga y a la vera de una viña me jeché a dormí una siestesilla. Cuando resusité me vide más solo y más esamparao que un niño del hospisio.. Me habían quitao los dineros, el capote y el vestío...

»Totá, que seguí pa Córdoba llorando de tristesa y de hambre, que llegué a mi casa y que mi pare, el «Niño de Dios», me pegó catorse o quince palos con una vara de asebuche y me mandó a la cama sin sená, eso que iba más seco que un higo».

Si el relato no es en todas sus partes escrupulosamente cierto, contiene una serie de detalles que nos ahorran páginas, ya que tan cortos de ellas andamos, sobre los primeros pasos del gran torero en la azarosa carrera en que tan alto había de poner su nombre.

Según Sánchez de Neira, «era Rafael, entonces, pequeño de estatura, casi el más pequeño de todos los de igual edad, muy compuestito, muy ligero y atrevido, y por lo tanto, muy simpático. A su ligereza, a su viveza ratonil, debe el llamarse «Lagartijo». Se movía tanto, esquivaba con tal celeridad los «derrotes» y reunía tan fácilmente el encunarse cuando iba alcanzado, que sólo a un bicho como la lagartija podía comparársele en determinadas ocasiones».

En el año, antes citado, de 1852 ya figuró Rafael, como banderillero de plantilla en la cuadrilla infantil que había formado y dirigía el antiguo diestro, Antonio Luque, el «Camará» y con ella recorrió plazas de bastante importancia en Andalucía, como Málaga, Granada, Jaén, Ubeda, etc., y otras de la Mancha, destacándose siempre la figurilla de aquel torerito en miniatura, que ya hacía prever lo que más tarde había de llegar a ser, y que algunos años después, en 1859, por lo que en su trabajo y sus maneras vió el entonces más famoso torero de Córdoba, José Rodríguez, «Pepete», lo contrató, dándole un puesto de banderillero en su cuadrilla.

En 1860, paso a formar parte de la cuadrilla de José Carmona, el «Panadero», y con éste y con su hermano Manuel, toreó hasta 1862, en que el tercero de los Carmona, Antonio, el ya célebre «Gordito» se lo llevó consigo, acabando de perfeccionar al novel torerito que si no encontró en el interventor del «quiebro» un modelo a quien imitar, le sugirió acaso el nuevo toreo que con el tiempo había de desarrollar Rafael.

El 24 de septiembre de ese mismo año de 1862, mató «Lagartijo» por primera vez cuatro toros en Bujalance. Es decir, empuñó el estoque como debutante, descartada la hazaña de su niñez, a los veintiún años, y cuando ya llevaba diez de bregar y banderillar toros, figurando a la cabeza de los de su clase.

¡Lo mismo que ahora!

En la corrida celebrada en Madrid el 13 de septiembre de 1863, se presentó en la plaza de la Corte, y a las órdenes del «Gordito», por vez primera; y no fueron necesarias muchas tardes para que el público le demostrara su predilección, por la arrogancia de su figura, por la elegante naturalidad de sus movimientos, por la precisión de aquel su modo de parear en el que sobresalió, compitiendo con su propio maestro, y aun aventajándole con los pares al «quiebro», que puestos por Rafael eran tan vistosos y más artísticos.

Como en las muchas veces que los espadas le habían cedido la muerte de toros, «Lagartijo» supo demostrar que ni era un desmañado en el manejo de la muleta, ni le faltaban arrestos para acometer por derecho a sus enemigos, cuando ya se creyó maduró para campar por sus respetos, el 29 de septiembre de 1865, tomó la alternativa de manos del matador Antonio Carmona el «Gordito» en la plaza de Ubeda, estoqueando el primer toro de la corrida, que como los restantes pertenecía a la vacada de la Excm. Sra. Marquesa viuda de Ontiveros.

Dos semanas más tarde, el 15 de octubre, se la confirmaba en Madrid, Cayetano Sanz, cediéndole el primer toro de los seis de doña Gala Ortiz, que había encerrados, el cual se llamaba «Barrigón» y murió de una buena estocada arrancando tras once pases ceñidos y parando mucho.

Además de los dos espadas citados, figuraba también en aquella corrida el «Gordito».

Entre la magnífica colección de carteles de la Plaza de Toros de Madrid que poseía el que fué cariñoso amigo mío, Luis Armuña y Millán, he tenido ocasión de ver el de la alternativa de «Lagartijo»,

que contiene esta modesta advertencia, más tarde reproducida textualmente en el de la alternativa de Guerrita:

«Que alternará por primera vez en esta plaza, confiando más bien en la indulgencia del público que en sus propios merecimientos, y que procurará desempeñar con el mayor lucimiento desde esta corrida las obligaciones que le imponen su nueva categoría».

Fueron sus banderilleros en esta corrida, Villaviciosa, Juan Just, y José Gómez (el Gallo); los seis toros los picaron de tanda. Onofre Alvarez, y Manuel Sacanellas, con tres reservas.

II

Como es achaque incurable de los aficionados a toros suponer siempre el momento actual de decadencia de la fiesta, apoyando su opinión o en recuerdos engañosos de su juventud o en más engañosas reminiscencias de una leyenda transmitida por las generaciones anteriores, bueno será hacer constar, aunque esto les suene a blasfemia a nuestros lectores, que en la hora y punto en que «Lagartijo» apareció como matador de toros, no podía ser mayor esa decadencia del espectáculo, que tan a tontas y a locas pregonamos como privativa de nuestro tiempo, uno de los de más esplendor de la tauromaquia, sobre todo en lo que a cantidad de buenos toreros se refiere.

Si los hombres no envejecieran o la vejez no fuera causa de inutilidad para el ejercicio de la profesión de lidiador de reses bravas, Rafael Molina se hubiese encontrado desde la temporada de su alternativa con antagonistas como Curro Cúchares, Manuel Domínguez, Cayetano Sanz, que sin duda habían hecho lo suyo, pero que no eran sino una sombra, unos por el peso de los años, otros por causas que no son para examinadas aquí.

En realidad de verdad «Lagartijo» se encontró con un único matador de toros, Antonio Sánchez, el «Tato», con veinte toreros más que, unos con sus piruetas, otros defendiéndose con tres lances de capa y una faena de muleta; a la hora de matar se daban por stisfechos si veían caer al toro ya fuera de un golletazo, ya de catorce pinchazos atravesados.

Lo que Rafael hacía toreando y su gran decisión en aquella época

para irse a los toros con el estoque, no podía tardar en colocarle en puesto preminente, como así ocurrió.

Pero quizás, tenida cuenta de la apatía de su carácter no hubiera ascendido al alto puesto en que le hemos conocido, sin la aparición de aquel otro torero, cuyo nombre habrá de figurar perdurablemente unido al de «Lagartijo», porque casi no es posible concebir al uno sin el otro.

El lector habrá adivinado que me estoy refiriendo a Salvador Sánchez, (Frascuelo).

Matador dos años más moderno que Rafael, puesto que tomó la alternativa en Madrid en 1867, hasta el 7 de junio de 1868, los que habían de llenar con sus nombres un largo período de la historia del toreo, no se tropezaron. Pero al hacerlo, y ocurrió el hecho en la plaza de toros de Granada, dió principio a una lucha que siempre en el terreno artístico, ha venido durando hasta la desaparición de uno de los contendientes.

Ni emulación tan grande, ni compañerismo mayor, conocen los anales taurómacos, entre dos competidores, ni aún remontándose a la época de Pedro Romero y Costillares y Pepe Hillo, de Curro Cúchares y Redondo, del «Tato» y «Gordito».

«Lagartijo» y «Frascuelo» lucharon en las plazas por la primacía; pero fuera de ellas, salvo contadas veces, y casi siempre por el vehemente carácter de Salvador, fueron dos amigos entrañables, hasta el punto que Rafael decía a cuantos le querían oír que él no toreaba a gusto sino con «Frascuelo», y preguntando este a su vez con quien estaba más tranquilo en la plaza, respondió:

—Eso ni qué decir tiene, con «Lagartijo».

El corresponsal de «El Mengue», periódico taurómico, que allá por el año 1868, publicaba el inteligentísimo aficionado Garisuain Blanco, en Madrid, daba cuenta, sin dársela exacta de lo que el suceso significaba, de la primera corrida de toros celebrada aquel año en Granada, y en que por primera vez toreaban juntos Rafael y Salvador, en los días 4 y 11 de junio.

Desde esta fecha Rafael tuvo un contrincante digno de él, que le estimulara; que era todo cuanto necesitaba su temperamento linfático, compensado por una elevada idea de su valer, para que sus grandes dotes de artista se manifestasen y desarrollasen.

A contar del 7 de junio de 1869, en que el toro «Peregrino» de don Vicente Martínez, inutilizó para siempre a Antonio Sánchez, el «Tato», toreando precisamente en la plaza de Madrid con Rafael y Salvador, en estos dos grandes toreros pudo únicamente fijarse la

atención del público, y uno en el otro vieron tan sólo el antagonista serio, invencibles ambos, toda vez que de tan larga y ruda competencia ni Salvador consiguió nunca empañar el brillo de grande, de inmenso torero de Rafael, ni a éste le fué dable mermar la merecida fama de excelente matador por «Frascuero» conquistada.

Y bueno será decir que en la historia de «Lagartijo» hay un período que acaba en 1874, en el que sus grandes estocadas entrando por derecho le habían dado justificada reputación de matador bravo y concienzudo...

Pero aquello le venía costando repetido desavíos; y contó el mismo, según aseveración de Peña y Goñi, una tarde en que en San Sebastián le presentó Romero Robledo a «Lagartijo», que éste explicó su «paso atrás», diciendo que el «Tato» en cierta ocasión le había aconsejado de esta manera:

—«Muchacho, cuando uno está enfermo, debe buscar la medicina...»

La medicina que encontró Rafael ya se sabe cuál fué; ese «paso atrás» que le aseguró largos años de vida torera, y que hace exclamar a Ramírez Bernal:

«El volapié clásico y severo desapareció: «Lagartijo» el bravo, «Lagartijo» el artista, lo había mixtificado.

»Entonces se defendió con sus quiebros inimitables, con su toreo a medio capote y a punta del mismo, con sus banderillas y sus quites de hermosísima factura».

Con ese «volapié mixtificado», que de todos modos no era el feo estoquear del «Gordo», Rafael mientras fué torero ocupó el número uno, y desde sus comienzos en que su mismo maestro Antonio Carmona no parecía avenirse con tal superioridad, hasta el final en que su mismo discípulo Rafael Guerra intentó rebelarse contra él, puede decirse que en 29 años varios fueron los conatos para derribarlo y todos estériles, cuando no ridículos, como el del mal aconsejado Manuel Fuentes; «Bocanegra», que también pretendió competir con el Gran Maestro.

III

Si como se dice vulgarmente nadie es más, que lo que la gente le concede, nada mejor para dar idea de lo que Rafael ha sido en el toreo que atenerse a lo que de él han escrito los principales críticos en materia taurómaca.

En su «Diccionario Taurómaco», dice don José Sánchez de Neira:

»Su anterior modo de torear, ligero y atolondrado, fué corregido por el de los Carmonas, particularmente por el de Antonio, movido, inquieto, pero seguro y vistoso; la oportunidad en los «quites» a los picadores, el «cambio o quiebro poniendo banderillas» y el parear en corto y andando le dieron crédito y reputación...

»Rafael Molina fué en sus principios un torero confiado; «vio llegar» los toros como pocos y los «consintió» como nadie.

»No se olvidarán en mucho tiempo sus famosas «largas», modelo de clásica escuela.

»Su muleta no era todo lo buena que debiera y la fué mejorando cada vez más, hasta el punto de que dió «pases» de defensa y de castigo a la perfección, si bien abusando de esos llamados «pases» cambiados y ayudados, ridículo remedio de los de pecho, que algunos necios aplauden. A veces se encorba al «pasar»; algunas se arranca de largo, (?) da un paso atrás como para tomar carrera y esto es feo...

! »La opinión general le coloca hoy entre los primeros y más reputados matadores, y con esto no hace el mundo más que justicia, porque Rafael valía mucho, conocía las reses y se arrojaba al «vola-

pié» como pocos en sus épocas de aujé; cuando decía «quiero» se le podía ver; pero ¡sí quisiera siempre!

»Lagartijo en sus treinta años de toreo ha recorrido las siguientes etapas: en sus diez primeros, guapo, valiente y con entusiasmos; en los diez segundos parado, entendido y algo tibio con cierta clase de toros; y en los diez últimos reservado, frío y apelando a tranquilos para obtener aplausos. Fué, en resumen, un matador muy aceptable, más por el buen manejo de su muleta, que del estoque, por que al clavar este no lo hacía con rectitud».

Veía mucho y apreciaba bien.

Hasta aquí Sánchez de Neira, y si el lector tiene en cuenta, que nunca este aficionado se distinguió por sus simpatías a Rafael, habrá que convenir que tienen todo su valor las apreciaciones sobre los méritos sobresalientes de aquel a quien Mariano de Cavia, llamó el «gran Califa».

Otro frascuelista acérrimo Antonio Peña y Goñi, así juzgaba a «Lagartijo», en su comentado y leído libro, «Lagartijo y Frascuelo» y su tiempo.

»¿Quién es capaz de hacer un retrato literario de Rafael Molina? ¿Quién es capaz de dar idea de la soberana elegancia, de la armonía de líneas, de la apostura sin igual, de la gentileza y abandono incomparable de «Lagartijo»? A bien que los aficionados ven torear a Rafael con mucha frecuencia, (1) ellos me ahorrarán el trabajo de escribir lo que es poco menos que indescrutable... «Lagartijo» torea con el busto; los piés no hacen sino acompañar los cadenciosos movimientos de una cintura flexible que imprime a todo el cuerpo ondulaciones llenas de abandono y gracia. Todo lo reúne, la que da la Naturaleza y lo que pone el hombre con su esfuerzo individual; la valentía y la elegancia, la tranquilidad y la finura, la vista para ver llegar los toros, la precisión para consentirlos y el arrojo para despegarlos, la serenidad para apreciar seguramente los contrastes y la viveza para enmendarse en un palmo de terreno, el fondo y la forma, en fin, se dan de mano para hacer de «Lagartijo» la personificación del torero más perfecto que haya podido existir desde que hay toreros en el mundo».

En la «Escuela de Tauromaquia de Sevilla y el toreo moderno», su autor, el que fué muy querido amigo mío y correligionario en «Lagartijismo», el correcto escritor Pascual Millán, dice así del inolvidable diestro:

(1) Se escribía esto en 1887.

«Llena la plaza como algunos artistas privilegiados llenan la escena.»

»Cuando Rafael «quiere», no hay ni frases bastantes a elogiarle, ni nada con que pueda comparársele».



»A veces basta un «capote» suyo para fijar un toro incierto, cuadrarle, ponerle a la muerte, sacando así de apuros a otro diestro.

»En los momentos difíciles, cuando un picador al descubierto peligra, Rafael está admirable. Se interpone entre el bruto y el hombre caído, oculta a éste, y allí, donde no hay terreno posible para hacer

suerte, «Lagartijo» la hace, se apodera del toro, lo saca a punta de capote, con una de esas largas inimitables, y termina volviendo la espalda a la fiera (1) con la seguridad de que la fiera no arranca, con la convicción de que no ha de moverse, como si en los pliegues del capote «Lagartijo» tuviese la intención del toro y pudiese manejarla a su antojo».

Como matador lo juzga de este modo el señor Millán:

«Rafael ha inventado una suerte de matar que está entre el volapié y el paso de banderillas, que tiene algo de la estocada arrancando, una estocada que sólo él puede dar, porque sólo él la siente, que la hace a toda clase de toros y le ha valido ruidosas ovaciones. Arranca retrocediendo un paso al tirarse (el célebre paso atrás) (2) cuarteo, da amplia salida con la muleta y, sin embargo, hay estrecha reunión; la estocada queda en el sitio de la muerte; a veces en el lado contrario».

El reputadísimo escritor taurino don José Ramírez Bernal, en su muy curioso libro «Los grandes sucesos de la vida taurínica de Lagartijo», stampa esta opinión que nos parece muy ajustada a la verdad:

«Es de todo punto innegable que Molina tuvo su época de oro que abraza los tres años de 1870 a 1873; después, es decir, al año siguiente apareció con la cierta timidez el «paso atrás» y el «cuarteo» hiriendo a «cabeza pasada», con cuya ventaja poco o nada tenía que hacer la muleta en el «cruce», porque los piés ganaban el terreno necesario para evitar un «embroque».

»Eso no era el arte, eso no era la verdad, y los inteligentes-escasos por desgracia-señalaron el defecto para que se corrigiese el matador; pero éste no hizo caso de tales advertencias; cojió una maña para herir bien arrancando de través; y como la masa indocta de la afición vió el resultado y no la forma, se entronizó la corruptela, pasando por volapiés lo que eran bien claro un «paso corto de banderillas». Este sistema aplicable a todos los toros que ofrecían algún cuidado, tenía un olvido oportuno cuando las reses eran tan nobles que permitían al matador «acostarse» en la cuna...

»Rafael tiene una aureola que nadie puede arrebatarse, porque al ponerse a la cabeza de los matadores de toros de su época depuró el arte de la brega, hasta tal punto que es imposible ir más allá, pues

(1) A esta terminación es a lo que hoy se da, mal dado, el nombre de "larga" cuando por "larga" debe entenderse la salida que se le da al toro en los lances a punta de capote.

(2) Ese "paso" que tantos disgustos le ocasionó a Lagartijo y que hoy, no hay torero que no ejecute, engendrando mayor o menor cuarteo.

para enriquecerlo tuvo el genio y la estética en admirable conjunto. No, no ha habido quien le iguale como peón auxiliador y correcto de líneas, oportuno siempre y siempre preventivo. Su «manera» de torear a punta de capote, de correr ligeramente o pausado, de entrar por derecho y en semicírculo, de parar y consentir a una res, será siempre un modelo, una invención de la que sólo puede hablarse habiéndole visto y saboreado infinitas veces».

Para terminar este «florilegio», en el que hemos recogido la opinión ajena, para dar más autoridad a la muestra, nos parece de perlas este «recuerdo» que viene a resumir cuanto en este capítulo se ha dicho del más grande de los toreros españoles.

Como de redacción apareció en el semanario «Los Toros» el 29 de julio de 1909:

«El día primero hará nueve años que falleció en Córdoba el torero más elegante que han conocido los públicos desde que hay corridas de toros en España. Rafael Molina «Lagartijo», aquel a quien llamaron los escritores de su época el Gran Califa, el Abderramán I, y todo aquello que podía significar que poseía condiciones para que nadie se acercara a él.

»No es posible dar idea de la singular apostura de aquel hombre que vencía con sólo aparecer en las plazas con un garboso abandono que no pudo tener igual y del que no se puede dar idea. Duró su vida torera cuarenta y un años, y como matador de toros hizo veintinueve temporadas, siempre en primera fila, a pesar de que luchó con Cúchares, Gordito, Tato, Domínguez, Bocanegra, Cayetano, Frascuelo, Currito, Cara-ancha, Gallo, Angel Pastor, Mazzantini, Espartero, Guerrita, y todos los que alternaron con éstos. Fué el que más toreó, pues si bien es verdad que ha habido alguno como Hermosilla, que ha ejercido más años la profesión, no fué como Rafael Molina figurando a la cabeza de todos los de su tiempo en número de corridas y en la percepción de honorarios.

»Al cumplirse el noveno aniversario de su muerte, dedicamos un recuerdo al que tanto contribuyó el engrandecimiento de las corridas de toros, pues fué el factor principalísimo en la más brillante época, en la que puede ser calificada de época de oro del toreo.

»Fué el torero, que sin darse cuenta, promovió el renacimiento de la literatura taurina, ya que hizo que algunos privilegiados ingenios, como «Sobaquillo», «Sentimientos», «El Alguacil», «Alegrías» y otros literatos de cuerpo entero dedicaran atención a la fiesta de toros, de la que quizás no se habría ocupado si el gran Rafael Molina no hubiera traído a las plazas aquel modo de torear, que era un cons-

tante desfilar ante el público de artísticos cuadros llenos de color y vida, que tardaremos mucho en volver a admirar».

El día 1.º de junio de 1893, despidióse Rafael del público madrileño, y en aquella corrida, como las que de despedida también dió en Zaragoza el 7 de mayo, Bilbao el 11, Barcelona el 21, y Valencia el 28, tuvo constantemente el santo de espaldas; y el público, aquel público de que había sido ídolo, olvidándose de que asistía al final de una vida profesional que había sido un continuo triunfo le trató con una dureza que seguramente ni los mismos que la ejercieron debieron haberla querido ni de ella se dieron cuenta.

Siete años más tarde, a los cincuenta y ocho, y nueve meses de edad, falleció en Córdoba el gran torero.

Ocurrió el triste acontecimiento el día 1.º de agosto de 1900.

He aquí cómo refiere Escamilla y Rodríguez los últimos momentos:

«A la una de la madrugada empezó la agonía con un fuerte ataque de disnea, haciéndole cada vez más difícil la respiración.

»A las cinco díjole su confesor:

»—Vamos a pedir a la Santísima Virgen el alivio de usted.

»—Y yo también—contestó de un modo apenas perceptible.

»Todos los amigos que rodeaban su lecho rezaron de rodillas, mientras el enfermo besaba repetidamente, con gran fervor, una medalla de la Virgen de los Dolores.

»Después llamó a sus parientes y amigos, despidiéndose de todos ellos y pidiéndoles perdón por «lo malo que durante su vida les habría hecho».

«¡Qué alma más hermosa! ¡Qué sincero arrepentimiento de sus faltas, y qué olvido de sus muchas buenas acciones!...

»El gran Rafael, decía con frecuencia, rebelándose contra su poderosa enemiga: «No, esto no puede ser».

En el período agónico, su ahijada Rosario le limpiaba la boca con un pañuelo, y Rafael, moviéndose nerviosamente de un lado a otro, repetía con frecuencia él—«¡Déjalo ya!»—con que hacía retirar a su hermano Juan cuando éste le preparaba el toro para la suerte suprema.

Su entierro fué una imponente manifestación de duelo, pues si el torero había sido una gloria para Córdoba, el hombre había enjugado muchas lágrimas...

En el resto de España, la noticia de su muerte causó profunda sensación, dedicándole la prensa sentidísimos artículos.

IV

En su larga vida torera, no fué «Lagartijo» muy castigado por los toros, y las mayores cogidas que sufrió corresponden al período primero, en el que según aseguran que él mismo decía, «estaba más tiempo en el aire que en la plaza».

Las heridas más importantes las recibió:

El 15 de agosto de 1862, «Capirote» de Benjumea, le ocasionó una herida extensa y profunda en el muslo izquierdo. Ocurrió el hecho en la plaza de Badajoz.

El 20 de junio del 64, en Sevilla, un toro de Miura le suspendió, resultando con un puntazo en el muslo derecho.

El 9 de julio del mismo año, otro toro le hirió en el mismo muslo.

El 20 de octubre también del 64, en la plaza de Madrid «Sevillano» de Andrade, le alcanzó y ocasionó dos heridas.

El 11 de mayo de 1870, toreando con el «Gordito», en Cádiz, un toro de Siguri, le cojió y volteó, causándole una herida en el muslo izquierdo, al intentar clavar un par al quiebro. Por cierto que cuando era conducido «Lagartijo» a la enfermería cojió Carmona los palos que hubo de dejar ante las indignadas protestas del público que no quiso tolerar aquella falta de compañerismo.

El 14 de octubre de 1872, en Zaragoza, un toro le hirió en el muslo derecho.

El 22 de junio de 1873, en Madrid, el toro «Charretelo» de Bermudez, le ocasionó dos graves heridas en el brazo derecho.

De menor cuantía podían citarse otros accidentes; pero de todos

modos, recuerde el lector que «Lagartijo», ejerció su profesión 40 años, que en veintinueve temporadas de matador de toros, toreó 1.642 corridas y que en ellas mató 4.867 toros.

Si se exceptúa a Pedro Romero y a Curro Cúchares, no hay ejemplo de mayor dominio de su arte, ni de más recursos para vencer dificultades, sabiendo librar las acometidas.

Los hechos notables abundan en la historia de «Lagartijo», pero



de ellos, la falta de espacio nos obliga a reproducir únicamente los más salientes que encontramos en los diversos autores que del gran torero han tratado. Lo mismo haremos con la anécdotas que se le atribuyen.

La primera vez que un espada se comprometió a matar el soló una corrida de seis toros y el primer torero que tal hizo fué «Lagartijo» en la plaza de Barcelona el día 26 de septiembre de 1871.

El ganado pertenecía a la marquesa viuda de Ontiveros y Rafael obtuvo uno de sus mayores y más legítimos triunfos.

Aunque generalmente se cree que Rafael jamás mató toros «recibiendo», Peña y Goñi y Ramírez Bernal, afirman cuando menos que lo intentó:

Sánchez de Neira así lo dice y en su antilargartijismo aseguraba que el primer torero sería únicamente el que la consumase, no obstante lo cual ni Manuel Domínguez ni Bocanegra, que lo hacían fueron nunca los primeros, y sus nombres no sonarán nunca juntos, a los de Cúchares, el Tato, etc., que no tuvieron afición alguna a emplear ese modo de estoquear.

De Ramírez Bernal es esta afirmación:

Se refiere a una corrida efectuada en Bilbao el 21 de agosto de 1871: «Merece consignarse también, porque es raro en la vida de «Lagartijo», que éste, después de torear brevemente de muleta al mismo toro, le matase de «una buena recibiendo».

En la misma plaza, el 20 de agosto de 1872, al tercero, que se llamaba «Monterillo», y que pertenecía a Laffitte, le dió otros cinco pases con frescura y ceñiéndose, «recibiéndole con una estocada algo baja».

El 11 de mayo de 1873, mató Molina un toro con la mano izquierda.

«Desgraciado por demás estuvo «Lagartijo», en esta corrida. Lidióse en primer lugar «Banderillero», de don Félix Gómez, y séase por malas condiciones del toro o por haberles dado el diestro lidia contraria, el caso fué que necesitó trece estocadas para matarlo. Con tanto pinchar se puso el toro en condiciones tales, que al tirarse el diestro se le adelantaba tapándose, pero aquí de un recurso de maestro. Cambiando el estoque a la izquierda y la muleta a la mano derecha dió Rafael un pinchazo y un bajonazo, que acabó con res tan prevenida».

Sabido es el dominio que Rafael tenía sobre todas las suertes, y lo que llegaba a realizar en quites. La anécdota siguiente lo probaría ni fuera necesario admitir alguna prueba.

El suceso tuvo por escenario la plaza de Barcelona.

El 24 de julio de 1872, se lidiaban cinco toros de Laffitte y uno— el primero—de Barbero.

En tercer lugar se jugó el llamado «Medianito», bravo, de poder y pegajoso, hasta el extremo de quedarse dormido corneando los caballos.

Onofre puso cinco varas y en la segunda caída quedó al descubierto; el toro después de vacilar un instante entre acometer al caballo o el picador, se disponía para embestir a éste, cuando «Lagartijo» metió el capote y se le llevó al cornúpeto con una ligereza y precisión que entusiasmaron al público.

«Cuéntase, como cosa verdadera, que Rafael aprovechó la difícil situación del picador para en los breves instantes que duró exigirle un gallo inglés que Onofre poseía y que por más ofrecimiento de dinero que le había hecho «Lagartijo» no se lo quería ni vender ni regalar.

»En la alternativa de mirar el toro, ya a Onofre, ya al caballo, fué cuando «Lagartijo», en actitud de prevenir una desgracia, le preguntó:

—»¿Y ahora me das er gayo?

—»Sí, sí, y jasta la nasa.

»Este diálogo, en una situación tan extrema, fué comentado entonces y después referido como uno de esos lances que demuestran hasta dónde puede llegar la confianza de un gran torero que, ajeno al temor, sabe evitar riesgos imponiéndose con condiciones burlescas»

Durante los veintiocho años que ejerció de matador con alternativa, recibieron de él esta «suprema investidura»: José Giraldez, «Jaqueta», 5 de septiembre de 1869; Gerardo Caballero, 6 de septiembre de 1874; Angel Pastor, 22 de octubre de 1876; Manuel Molina, 5 de septiembre 1879, en Murcia, confirmada en Madrid, el 11 de julio de 1880; Francisco Sánchez, «Frascuco», 11 de octubre de 1885; Rafael Guerra, «Guerrita», 29 de septiembre de 1887, y Rafael Bejarano, «el Torerito», 29 de septiembre de 1889.

Además confirmó en la plaza de Madrid, las que obtuvieron en otras a Manuel «Hermosilla», que la recibió en el Puerto de Santa María el año 1873, de Manuel Domínguez (12 de mayo de 1874); José Sánchez del Campo, «Cara-ancha», a quien la otorgó el mismo Domínguez en Sevilla el 27 septiembre de 1874 (23 de mayo de 1875) y Luis Mazzantini, a quien se la había dado Frascuelo en Sevilla, el 13 de abril del 84 (el 29 de mayo del mismo año).

Ha inaugurado las plazas de toros de Málaga, San Sebastián, Granada, Vitoria, Tarragona, Haro, Castellón, Almería, Valladolid, Lorca, Priego, Murcia, Utiel, Alicante, Gandía, Villena, Novelda y Alcoy.



El último par de banderillas lo puso Madrid a un becerro, que era algo más que un becerro, lidiado en la becerrada que en 1899, ce-

lebró la «Asociación» de funcionarios civiles, y de la que el gran Rafael aceptó el punto de director de lidia.

El «Sol y Sombra», refirió así don Hermógenes el suceso:

«Salió por delante Valentín, que clavó un par superior de frente; siguió «Torerito», que en la misma forma, llegando muy bien y metiendo los brazos con mucha verdad, dejó un par también muy bueno, aunque una de las banderillas se desprendió.

«Y el gran Rafael, después de preparar al torillo, que no acudía y se entabló junto al tendido número 2, entrando en el terreno donde sólo entran los GRANDES MAESTROS y los valientes, dejó un par, al sesgo, que ni medido a compás hubiera resultado más igual ni mejor colocado.

» ¡Aquella ovación fué un delirio imposible de describir! Cuanto digamos, resultará pálido ante tamaña demostración del entusiasmo de la multitud, que se desbordó en un torrente de aplausos y aclamaciones, digno tributo de admiración que rinde el pueblo al hombre que durante más de veinte años le exaltó con su valor y destreza y, ya en el ocaso de la vida, conserva suficientes recursos para reverdecer aquellos laureles».

«Frascuero» reconocía la superioridad de Rafael y solía decirle:

—Tú eres el amo. Ante ti me quito el sombrero. Y no me quito la cabeza, porque no podría torear.

Y Rafael admiraba el indomable valor del granadino, y, al preguntarle un íntimo suyo si «Frascuero» era tan bueno como decían, contestaba sonriente:

—«Afigúrate tú zi zará güeno», cuando lo «acomparan» conmigo.

—¿Quién es el mejor matador de toros?—preguntaron una vez a «Frascuero».

—«Ese»,—respondió Salvador señalando a «Lagartijo».

Hicieron a éste la misma pregunta y Rafael contestó:

—«Ese»,—indicando a «Frascuero».

—¿Y el peor?...

«Lagartijo» no supo qué decir y empezó a titubear; pero entonces Salvador le sacó del atolladero diciendo:

—No des más «coba» a estos señores. Los mejores somos tú y yo; los peores, tu hermano y el mío.

Una noche de la tertulia que don Francisco Romero Robledo, tenía en su casa, hallábase Lagartijo y la conversación se ensarzó sobre

quien era mejor, si este o Frascuelo. Todos opinaban por Rafael, excepto uno que defendió a Salvador.

Lagartijo que oía y callaba, levantóse al fin y tendiendo la mano al defensor de su antogonista, le dijo:

—Chóquela usted, aquí no hay más que dos frascuelistas, usted y yo.

Le decía a «Lagartijo» un amigo y paisano a la par que gran admirador suyo.

—Desengáñate Rafael, en Córdoba, no habido más que dos hombres célebres tú y Gonzalo de Córdoba.

—No que somos tres,—repuso Molina,—¿dónde te dejas al gran Capitán?

Había pasado «Lagartijo» las de Caín una tarde para acabár con uno de esos toros que resultan inmortales delante de los toreros, y que como él decía no los quería ver ni en «er mapa».

Tras una faena de veinte minutos largos y una docena de pinchaduras no todas ajustadas al buen arte, murió el toro y fué arrasrado entre una bronca al maestro.

Por la noche conversaba éste con varios amigos y uno de ellos hizo girar la conversación sobre la desdichada faena, queriendo demostrar que Rafael, no había estado muy acertado y que había podido hacer mucho más. Amoscado Rafael, cortó la discusión diciendo:

—«Güeno», pues vamos a dejar eso, que el toro ya está muerto, «pa secula sin fin» y yo estoy aquí sentao, muy serrano».

El antiguo y modesto torero Benito Garrido («Villaviciosa») no fué gran cosa como diestro, pero sí una excelente persona, activo y formal a todo pedir. Fué muchos años apoderado de «Lagartijo»; y con él hacía los viajes sin tenerse que ocupar el cordobés para nada absolutamente.

De tal modo estaba confiado a él, que cuando murió Villaviciosa, la primera vez que tuvo que salir de Córdoba para Madrid al llegar a la estación, no sabía cuál era el tren que había de tomar, hasta el punto de tener que dirigirse a un empleado y nada menos que en su pueblo natal, preguntarle:

—Amigo ¿hase usted el favó de decirme cuar es el tren pa Madrí?

«Tocábale una tarde en Madrid, matar un mansurrón, más a propósito para tirar de una carreta que para merecer los honores de la lidia en la plaza, y Rafael le toreaba de lejos con grandes precauciones, capoteándole también sin cesar su hermano Juan. Gritaba el pú-

blico a éste para que se retirase, y Rafael, en vista de que la silba se pronunciaba mucho, gritó a su vez:

—» ¡Juan, que lo dejes «dicen!»

»No hizo Juan gran caso de la orden de su hermano y siguió dando mantazos al bicho; pero la silba era ya tan monumental, que Rafael gritó con más fuerza:

—» ¡Juan, que lo dejes «dicen!»

»Retiróse tímidamente Juan, y quedándose solo Rafael, desplegó su incomparable habilidad, deshaciéndose del buey de una estocada a paso de banderillas. Al volver a los estoques, le preguntó un tanto amostazado a Juan por qué se había retirado; y al responder éste que «porque él se lo había mandado», replicó en seguida Rafael:

—»Pues para otra vez ya lo sabes; cuando yo diga: «Juan, que lo dejes dicen», tú no haces caso, porque SON ELLOS los que lo dicen; cuando yo te diga: «déjalo, Juan», te retiras, porque entonces «soy yo el que lo digo».

UNO AL SESGO.

Dibujos de *Lizana*.

FIN.